



7. En el corazón de la crisis: análisis y alternativas

¿Salidas a la crisis?

Elena Idoate Ibáñez

La crisis es un hecho consustancial al sistema capitalista. La observación de la economía nos muestra la evolución del capitalismo como un encadenamiento de etapas de prosperidad económica y declive, de destrucción y regeneración de las fuerzas económicas. Sabemos que en el fondo de todo esto se encuentra el hecho de que la acumulación del capital se sostiene si encuentra la forma de superar sus propios obstáculos, pero vemos cómo éstos se vuelven cada vez más infranqueables y se pone de manifiesto que las soluciones están autolimitadas. El crecimiento económico se logra cuando la acumulación capitalista es capaz de dilatar en el tiempo el estallido de las contradicciones, y este ha sido el caso de la etapa precedente a la crisis de la economía española (y mundial), recurriendo fundamentalmente a mecanismos de expansión ficticia y represión salarial para lograr un crecimiento económico altamente vulnerable a las crisis.

Para superar las crisis, el capitalismo debe afrontar una destrucción más o menos intensa de las fuerzas productivas y poner en marcha los mecanismos para reiniciar la acumulación de capital. El desarrollo de la economía española en las últimas décadas no supuso una verdadera regeneración, más bien fue un modelo (basado en la construcción especulativa, el turismo de sol y playa y un tejido industrial altamente polarizado) orientado a alimentar una burbuja que dio suculentos beneficios a los inversores pero, igual que en la economía global, no sólo no evitó el colapso sino que muy posiblemente lo aceleró y lo acrecentó.

La principal línea de recuperación que se está imponiendo a marchas forzadas es más de lo mismo: el abaratamiento de los costes de producción, devaluar fuertemente la fuerza de trabajo (recortes de la capacidad adquisitiva de los salarios y precariedad) para mejorar la competitividad global y alentar las exportaciones, que supuestamente serían el motor del crecimiento. Resulta difícil creer que ésta pueda ser una salida fiable, dada la coyuntura internacional de baja demanda y de generalización de las estrategias exportadoras, no aplicables a todos los países en conjunto. Y sobre todo, porque el propio modelo productivo español está basado en sectores no competitivos, que se pueden ver afectos

tados muy negativamente por la reducción de la capacidad de compra de las clases populares. Desde el punto de vista del capitalismo, la crisis no puede ser saldada sin haber resuelto los problemas de fondo que llevaron a la ella, ¡y los mercados financieros mantienen intacta su forma de operar, e incluso han adquirido un poder aún más grande, ya que controlan el acceso a un crédito escaso y disponen de un cheque en blanco que les soluciona los problemas! Con todo esto, el capital está intentando recuperar su tasa de beneficio con medidas de economía de oferta, lo cual parece bastante difícil.

Pero lo importante es que, si se produjera una recuperación, la sociedad a la que nos conduce el rumbo que está tomando la economía española es todavía más capitalista, más explotadora y más injusta. El paro va para largo, la explotación en los centros de trabajo es cada vez más dura, las prestaciones de bienestar se van disminuyendo y crece la desigualdad, la pobreza y la marginación. A su vez, se extrema el poder de las empresas y de las instituciones financieras, mientras las riquezas se amontonan, aún en mayor medida, en manos de unos pocos. Las alternativas a la crisis solamente pueden ser aquellas en las que la obtención de beneficios no sea el principal motor económico y en las que la sociedad se organice sobre unas bases más justas.

Invertir la lógica del ajuste

No podemos plantearnos las alternativas para salir de la crisis sin tener la certeza de que la única salida posible a la crisis del capitalismo es una sociedad alternativa, más justa y democrática, en la que las riquezas sean colectivas y las decisiones sociales sean tomadas por la gente. Ante el contexto actual, en el que lo irracional, absurdo y brutal del capitalismo se nos manifiesta con mayor crudeza, no podemos evitar preguntarnos si ésta podría ser una situación que favoreciera un rechazo absoluto al capital así como la gestación de formas de producción y organización social alternativas, que alimenten un posible proceso de transformación social. Esto no está siendo así. Aunque la construcción de una alternativa sea nuestra meta, los primeros pasos en esta dirección son difíciles en el contexto actual, en que los intereses del capital se imponen con fuerza y la respuesta por parte de las clases populares no es suficientemente contundente. La oportunidad para las alternativas queda aplastada por la dureza con que se hace pagar la crisis a los trabajadores mediante una acelerada rearticulación de las relaciones de clases a favor del capital.

No es nuestra labor señalar las salidas al capital. Sin embargo, pensamos que es necesario que se tomen medidas que eviten las graves consecuencias negativas y el sufrimiento humano que la crisis, y la recuperación de un capitalismo más salvaje, supone para las clases populares. No será una solución ni una alternativa, pero no deberíamos permitir que los agentes económicos sigan haciendo lo mismo que nos ha llevado a la crisis a costa del deterioro permanente del bienestar de las clases populares.

El “libre mercado” nos conduce a la crisis y a la pérdida de bienestar social, así que hace falta dirigirnos hacia un sistema de producción, distribución y consumo más democrático, a una propiedad colectiva de los medios de producción y a que sea la población quien decida qué y cómo producir en función de sus necesidades sociales. Y aunque, como hemos señalado, es imposible que tengan lugar cambios profundos en la organización de la producción, no podemos dejarlos de lado como referente de los pasos que sí sean posibles. La salida a la crisis debería orientar la economía hacia el interés de las clases populares, primando el empleo y la utilidad social de la producción. El neoliberalismo no puede seguir pregonando el Estado mínimo, puesto que todos los estados están dedicando muchos esfuerzos a participar en la economía para rescatar al sistema financiero, y el conjunto del capitalismo. Deberíamos reclamar para fines más justos (empleo público al servicio del bienestar social, nacionalizaciones, provisión directa de créditos, favorecer empresas con participación y control de los trabajadores...) los recursos que se destinan a proteger los beneficios privados.

En la base de la crisis ha habido una perversa distribución de la renta contra los trabajadores y las clases populares desde los años sesenta, aspecto que se ignora muy frecuentemente. Actualmente, lo que llaman la salida a la crisis supone una distribución socialmente más perversa a favor de los capitales, que conlleva mayor concentración de la riqueza en manos de las élites políticas y económicas y condena a las poblaciones a vivir en condiciones de salarios más bajos, empleos más precarios y prestaciones sociales más reducidas. Cuando lo que podría conducir a una recuperación sería la creación del empleo y el crecimiento de los salarios. El trabajo debería ser una fuente de renta estable para que los trabajadores podamos llevar a cabo un proyecto de vida, y esto es incompatible con la “flexibilización” del marco de relaciones laborales. Se deberían organizar ayudas reales para los damnificados por la crisis (parados, precarios, desahuciados...), de cuantía suficiente y duración indefinida (gratuidad de los bienes y servicios más necesarios, subsidio de paro indefinido) y debería fijarse como prioridad el mantenimiento y mejora de los servicios del Estado del Bienestar: salud, educación, pensiones y servicios sociales. Es crucial una reforma fiscal que incremente la progresividad, muy deteriorada tras las reformas fiscales de la última década. Necesitaríamos también medidas que protejan a los ahorradores y los usuarios de las viviendas para que no paguen los costes del estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria.

Lo que comentamos es más justo y más compatible con la recuperación de la economía que las soluciones que se están imponiendo. Pero, de realizarse, desataría y acentuaría las contradicciones y tensiones que probablemente conducirían a una revancha del capital. Eso también forma parte de la estrategia. La crisis no es un mal sueño que tarde o temprano legará a su fin. La competitividad y los mercados financieros son un chantaje para arrasar con nuestros derechos. Sabemos que no contamos con las fuerzas suficientes para cambiar la orientación de la política y la economía, por eso nuestra propuesta consiste, en primer lugar,

en recuperar la voluntad de lucha. La oposición a las medidas antisociales del gobierno, al paro, a la precariedad y a la exclusión, deben superar el marco de la crisis y potenciar y reforzar unas resistencias más permanentes. La lucha ya no puede limitarse a la defensa coyuntural de los derechos, atacados ferozmente por el capital. Es imprescindible desarrollar alternativas en las que incardinar estas acciones, ampliarlas y coordinarlas contra los poderes. Es el momento de potenciar y reforzar las resistencias constantes, luchas que se realizan en barrios, municipios, pueblos, sobre las cuales podrán construirse las alternativas al capitalismo.

Salir del capitalismo

Ante la dureza de las medidas tomadas por el gobierno últimamente, que arrasan con los derechos sociales y laborales de la población y hacen recaer el peso de la crisis, y la posible recuperación, sobre las condiciones de vida de las clases populares, han proliferado las aportaciones, desde varias posiciones ideológicas, que indican otras medidas de política económica más justas que podrían llevarse a cabo para solucionar parte de los problemas de las economías capitalistas. Ya hemos señalado la necesidad de paliar los efectos de la crisis sobre el bienestar de las clases populares. Pero eso no es una salida alternativa a la crisis.

La única salida a la crisis es la salida del capitalismo. Para ello, no podemos aportar un proyecto preciso, un esquema cerrado y conciso de una alternativa. Rechazamos concretar un proyecto porque eso implicaría aplazar a un futuro irrealizable los cambios en las pautas que están perpetuando el capitalismo hoy en día, y nos obligaría a dejar de lado las experiencias que aquí y ahora se están llevando a cabo. Precisamente, consideramos que estas experiencias son los primeros pasos para cambiar la sociedad. El proceso de emancipación debe partir de las prácticas que ya están teniendo lugar, de los pequeños intentos de transformación que, lentos, contradictorios y muy parciales, tienen la condición para el éxito: son las propias gentes quienes los impulsan y los mantienen. Plantear el proceso de salir del capitalismo consiste en poner el foco en las luchas que están teniendo lugar y que deben potenciarse, estas experiencias que, en varios niveles, están desafiando las relaciones capitalistas. El proyecto alternativo debe ser la integración de las múltiples experiencias desde ópticas variadas, que responden a los deseos, posibilidades y circunstancias de las poblaciones que los llevan a cabo. El proyecto común es la confluencia de inquietudes y luchas, y su implantación debe partir de la articulación de las prácticas cotidianas de las gentes. Se trataría, pues, de una coordinación consciente de esfuerzos orientados hacia la alternativa.

La alternativa es un modelo de organización social ideal, es el objetivo que orienta el proceso de transformación social y determina los instrumentos posibles. Un modelo de sociedad alternativa inspira procesos plurales, que cuentan con instrumentos diversos y la participación de organizaciones también diversas. Para que el objetivo sea realmente una alternativa, le exigimos unos criterios generales, que asimismo guiarán la actuación concreta y la vincularán a objetivos más

generales. Estos criterios y objetivos tienen que ser lo suficientemente amplios como para poder trabajar desde experiencias muy concretas y parciales, y desde la pluralidad de enfoques que existen. Nosotros tan sólo definimos un conjunto de elementos clave que cualquier planteamiento alternativo deberá tener presente.

- La propiedad de los recursos productivos y los sistemas de producción deben rechazar la propiedad privada y la explotación de las sociedades de clases.
- El sistema de distribución debe contemplar una base igualitaria, en que toda persona de la sociedad pueda disponer de los recursos materiales para cubrir sus necesidades fundamentales.
- La toma de decisiones debe ser colectiva y su organización debe atender a la participación activa de las personas en un máximo nivel de autonomía, rechazando la concentración del poder.
- El sistema de valores debe perseguir el bien común y potenciar lo colectivo.

Hemos dicho que el primer paso de nuestra propuesta es recuperar la voluntad de lucha para articular resistencias permanentes, el siguiente es coordinar las múltiples experiencias. Avanzar en las prácticas cotidianas de los grupos y gentes que pueden iniciar ya una transformación social.

Elena Idoate Ibáñez forma parte del Seminari d'Economia Crítica Taifa.



8. En el corazón de la crisis: análisis y alternativas

La izquierda anticapitalista ante la crisis: por una estrategia de transformación social

Comisión de Economistas de Izquierda Anticapitalista

La izquierda anticapitalista reivindica la construcción de un nuevo modelo socioeconómico y político que pueda atender los desafíos sociales y ecológicos que hoy día enfrenta la humanidad, pero ¿qué estrategia de transformación social debe ponerse en pie para avanzar en dicha construcción? Cualquier intento de formular una estrategia de transformación social en clave socialista debe partir de los siguientes elementos del contexto económico y sociopolítico actual: